

didas para este efecto la longitud de las cuerdas: llegadas á su punto de descanso, el obelisco debía quedar en pie.

Comenzó la operacion en medio del mas profundo silencio; el obelisco lentamente levantado, obedecia como por magia á la fuerza atractiva que le ponía en movimiento. El papa, mudo como todos los demas, animaba la maniobra con señales de cabeza: la voz del arquitecto dando órdenes, resonaba solo en medio de aquel solemne silencio. El obelisco tenia que ceder; una ó dos vueltas de rueda faltaban ya, y quedaba fijo sobre su base. De pronto Fontana ve que no rueda el mecanismo; la medida de las cuerdas habia sido tomada exáctamente, pero las cuerdas se habian alargado por la masa y se hallaban ahora algunos pies mas largas; ninguna fuerza humana podía suplir á la fuerza que faltaba. Era una operacion perdida, una reputacion hundida: Fontana apresuraba las órdenes, multiplicaba las disposiciones. En el momento en que las cuerdas no atraian al obelisco, el obelisco pesaba doble sobre las cuerdas. Echóse las manos á la frente Fontana, no veia ningun medio de salvar el extremo en que se hallaba, conocia que se iba á volver loco. En aquel momento se rompió uno de los cables.

De pronto un hombre gritó en la multitud: *agua alle corde—agua á las cuerdas*, y atravesando el espacio, fué á entregarse en manos del verdugo.

El consejo es un rayo de luz para Fontana. Sobre toda la estension de los cables hizo verter inmediatamente cubos de agua. Apretáronse las cuerdas enteramente, sin esfuerzo, y como por la mano de Dios; el obelisco volvió á ponerse en movimiento y se asentó sobre su base, en medio de los aplausos de la multitud.

Entonces Fontana corrió á su salvador, á quien encontró con la cuerda al cuello, y entre las manos del verdugo; le coge en sus brazos, le abraza, le arrastra, le lleva á los pies de Sisto V, y pide para él un perdon ya concedido. Pero no bastaba darle el perdon, necesitábase darle una recompensa. El papa pidió al forastero que fijase él mismo lo que queria. El forastero respondió que era de la familia de Bresca, que era rico, y que por consecuencia no tenia favores pecuniarios que pedir, pero que habitaba en San Remo, aldea famosa por sus palmeras, y que pedia el permiso de llevar todos los años, gratis, las palmas necesarias para la funcion del Domingo de Ramos en Roma. Sisto V concedió aquel privilegio, señalando una pension de seis mil escudos romanos para el cultivo y mantenimiento de las palmeras.

Desde aquel tiempo la familia Bresca, que existe todavía, ha usado del privilegio de llevar todos los años á Roma un buque cargado de palmas, y hace doscientos cuarenta y cinco años que este privilegio le ha sido conce-

dido, gozando de la visible proteccion del cielo, porque jamás el menor accidente ha sucedido á ninguno de los doscientos cuarenta y cinco buques que hereditaria y anualmente han trasportado esta santa carga.

Llegamos á Oneille á las nueve de la noche, porque nuestro veturino, habiéndonos prometido dejarnos en Génova al tercer dia, á los dos, á la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, arreglaba sus jornadas en vista de esto. Resultó que salimos de Oneille al dia siguiente al amanecer. No diremos gran cosa de este pueblo, si no que es la patria del grande Andrea Doria, lo que no impide á juzgar por la posada en que hicimos noche, que las posadas de este punto son detestables.

Al amanecer nos pusimos en camino. Comenzábamos á despertarnos, cuando atravesábamos por Alesio, donde vimos por la vez primera á las mugeres peinadas con el mezarzo genovés; velo blanco, que sin ocultarlo, cuadra divinamente sobre su rostro. En cuanto á los hombres, eran en otro tiempo osados marinos que tomaron parte con Pizarro en la conquista del Perú, y con don Juan de Austria en la victoria de Lepanto.

Detuvimos para almorzar en Albengo, ciudad de dulcísimo nombre, pero á la que sus derruidas murallas y sus torres destruidas, dan uno de los más tristes aspectos. En Albengo, es donde, si se ha de creer á madama Genlis, la duquesa de Cerifallo fué encerrada durante nueve años en un subterráneo por su marido.

Otro punto histórico mas seriamente averiguado es, que fué en Albengo donde nació aquel Prócuro que disputó el imperio á Probo, y Decius Pertinax, á quien es preciso no confundir con el Pertinax que fué emperador.

Posee Albengo dos monumentos antiguos, su baptisterio, que se remonta, dicen, á Prócuro, y su Ponte-Longo que fué edificado por el general romano Constancio. Una cosa notable ademas es, que los habitantes de Albengo, la antigua Albiganumun, se habian aliado con Magon, hermano de Anibal, siendo comprendidos en el tratado de paz que hizo con el cónsul romano Publio Elio, y desde aquel tiempo hasta el siglo XII, en virtud de aquel tratado se gobernaron con sus propias leyes, acuñando moneda como estado independiente. En el siglo XII, los pisanos en guerra con los genoveses, se apoderaron de Albengo y la saquearon. Vuelta á edificar por los genoveses permaneció desde ese tiempo así, sin ser quemada, es verdad, pero sin ser reedificada. Lo que hace que Albengo tenga gran necesidad de ser quemada segunda vez.

El camino continuaba siendo cada vez mas delicioso y lleno de accidentes mas pintorescos unos que otros: con la mar á nuestra derecha, tranquila cual un lago, y resplandeciente cual un espejo; y á nuestra izquierda, escarpadas rocas unas veces, encantadores

valles otras, con alamedas de granados y de laureles; otras, vistas de lindísimas poblaciones destacándose sobre el azulado fondo, cual se ve en los pies de sus montañas. Resultó de aquí que sin cansancio ninguno llegamos á Sabona donde debíamos hacer noche.

Sabona es una especie de ciudad á quien ha quedado una especie de puerto que los genoveses han hecho se ciegue poco á poco, á pesar de las reclamaciones de los habitantes, á fin de que el comercio de Sabona no perjudique al comercio de Génova. De aquí ha resultado que Sabona está casi arruinada. Como todas las prosperidades caídas y obligadas á renunciar á su porvenir, la ciudad cifra su orgullo en su pasado. En efecto, Sabona ha dado nacimiento al emperador Pertinax, á Gregorio VII, á Sisto IV, á Julio II y á Chiarrera, que pasó por el poeta lirico mas grande que ha tenido jamás la Italia. De todas las grandezas, le quedan á Sabona la fachada del palacio de Julio II, atribuida al arquitecto San Gallo, y el bajo relieve de la visita de la Virgen á Santa Isabel, uno de los mejores del Bernin.

Enseña ademas el sacristán al viajero un cuadro de la Presentacion de la Virgen en el templo, como del pincel del Dominicano. Desconfiad del sacristán de Sabona; pensad si os enseña un Vasari ó un Gaetano, que todavia salís engañado.

A tres ó cuatro leguas de Sabona, encontramos á Cogoletto, aldea que pretende saber mejor que el mismo Colon donde ha nacido, y que reclama como uno de sus hijos al gran navegante, aunque él haya dicho en su testamento: *y siendo yo nacido en Génova, como natural de ella, porque de ella salí y en ella nací.*

El argumento hubiera tal vez sido concluyente para cualquiera otro pueblo que Cogoletto, pero este es tereco, y respondió á Colon escribiendo sobre la puerta de una especie de cabaña que pretende ser la casa del gran marino:

*Provincia di Savona,
Communa di Cogoletto,
Patria di Colombo,
Scropitor del Nuovo mondo.*

Despues de esto, y como no pudiendo hacer mas mal, añadió el verso latino de Saghsifi:

Unus erat mundus: duo sint, ait iste: fuere.

No habia mas que un mundo: que haya dos, dijo Colon: y los hubo.

En fin, para acumular pruebas, desenterró un viejo retrato que representaba el venerable rostro de un bailio de Cogoletto, y lo llevaron con gran pompa á la casa de ayuntamiento, cual si fuere el retrato de Colon.

Los que pasen por Cogoletto deben dar al

cicerone que les enseñe aquel retrato, la limosna de algunos palos en memoria del pobre Colon, tan cruelmente perseguido durante su vida, y tan crudamente calumniado despues de su muerte.

GÉNOVA LA SOBERBIA.

Al salir de Cogoletto, viene por decirlo así, Génova á presentarse delante del viajero. Pegli con sus tierras, magnífica villa, no es mas que una especie de arrabal que pasa por Cetri di Ponenti, y que prolongado hasta San Pedro de Armo, digna entrada de la ciudad que se ha dado á si misma el nombre de la Soberbia, y que desde seis ó siete leguas ya se deja ver en el horizonte recostada en el fondo de su golfo con la elegante magestad de una reina. Una sola palabra esplica ademas aquel lujo casi inesplicable de palacios que el viajero encuentra atravesados sobre su camino con la misma profusion que las bastidas ó casas de campo de las inmediaciones de Marsella.

Las leyes suntuarias de la república que prohibian dar fiestas, vestirse de terciopelo ó de brocado y llevar pedrería, no se estendian fuera de las murallas de la capital: era, pues, en el campo donde se habia refugiado el lujo de aquellos turbulentos y orgullosos republicanos.

La primer cosa que vimos al llegar á Génova y al atravesar para ir á nuestro hotel la Porta di Vacca, que está situada cerca de la dársena, es una porcion de cadenas del puerto de Pisa, rotas por los genoveses en 1290.

Hace seiscientos años que aquel testimonio del odio de dos pueblos, odio que su comun caída no ha podido destruir, se halla á la vista de todos. Conrado Doria fué el que saliendo de Génova con cuarenta galeras, y apoyado por las de Lucca, dice el historiador Accinelli, atacó el puerto pisano, lo saqueó, y volviéndose en seguida contra Liorna, destruyó las fortificaciones de la ciudad, escepto la iglesia de San Juan.

No es esta la sola prueba de odio que los genoveses hayan dado á los demas pueblos de la península. En 1262, habiendo abandonado el emperador griego á los genoveses un castillo que pertenecía á los venecianos, los genoveses, por odio á estos, de quienes habian recibido no sé qué insulto, demolieron el castillo y trasportaron las piedras sobre sus navios. Llevaron aquellas piedras á Génova, y construyeron el edificio conocido en otro tiem-

po bajo el nombre de Banco di San Jorge, y hoy bajo el de Bolsa.

Aquel edificio encierra un monumento de orgullo. Es el grifo genovés sofocando con sus garras el águila imperial y la torre pisana, con esta inscripción:

GRIPHUS UT HAS ANGIT,
SIC HOSTES GENUA FRANGIT.

Si se sube á la bolsa, se encontrarán allí las antiguas bocas de la *denuncia*, que en las últimas revoluciones, segun se asegura, no permanecieron siempre vacías.

Nuestro hotel ó fonda se hallaba cerca de la dársena. Mientras que nos preparaban la comida, tuve tiempo de ir con Schiller en la mano, á hacer mi visita al sepulcro de Fieschi. Con esta ocasiou recorri el arsenal de mar. En el primer recinto Génova hoy arma, desarma ó repara sus buques. A este recinto ha sucedido uno segundo, seco, y que ahora no es mas que un vasto taller marítimo, donde la república construía aquellas famosas galeras largas de cincuenta y ocho metros, anchas de cuatro, que costaba cada una 7,000 libras genovesas, y que tripuladas por doscientos treinta hombres recorrían como soberanas todo el Mediterráneo. Este segundo recinto sirve hoy de taller á setecientos ú ochocientos presidiarios que arrastran su cadena bajo las hermosas bóvedas construidas en el siglo XIII segun los dibujos de Bocanegra.

En un rincon del arsenal, hay un ex-voto sardo con esta inscripción:

«*Brigantino sardo, La Fenice, comandato da capitano Felice Fleine, notte day 13 ai 14 Febrajo 1835 essendo si aperta un'entestatura di tabola Calo á pisso á l' Isola di Laire.*»

Un cuadro representa este suceso: el navio se sumerge, la lancha se abandona al mar, y se invoca la Virgen y se aparece en un rincon del lienzo, calma la tempestad en un instante.

Yendo del arsenal al palacio viejo Doria, se encuentra en el camino la puerta de Santo Tomás; una puertecita se abre en la grande; pasando el dintel de esta puerta, fué muerto Gianettino, sobrino del dux.

Antes de llegar á esta puerta, se atraviesa la plaza de Agua verde. En este sitio, Massena, despues de haberse sostenido sesenta dias, viendo agotados todos sus recursos, y habiéndose comido hasta las sillas de los caballos, y los caballos mismos, firmó en el puente de Gonegliano con el almirante Keith y el baron de Ott, su hermosa capitulacion, que intituló convencion. Reunió el resto de su guarnicion, como unos doce mil hombres, y durante tres dias cantaron allí rodeados de los austriacos

todas las canciones patrióticas de la Francia.

El palacio Doria es el rey del golfo. Parece al verle que es para el placer de los ojos de los que lo han habitado, para lo que ha sido Génova edificada en anfiteatro. Subimos las anchas escaleras que el anciano dux Doria á los ochenta años subía con su túnica ducal, despues, como dice la inscripción, de haber sido almirante del papa, de Carlos V, de Francisco I, y de Génova. Al subir aquella escalera, no hay mas que levantar los ojos para ver sobre la cabeza de uno, encantadores frescos imitados á los del Vaticano, y pintados por Perino del Vage, uno de los mejores discipulos de Rafael, que el saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbon hizo huir de la ciudad santa. En aquella época habia siempre palacios abiertos para el poeta ó el artista que huía con el pincel ó la pluma en la mano. Perino del Vage halló el palacio de Doria en el camino; fué allí recibido por el anciano dux como hubiese podido ser recibido el embajador de un rey, y pagó su hospitalidad llenando de obras maestras los muros que le ofrecían un abrigo.

El palacio Doria se halla entre dos jardines, el uno de ellos está situado al otro lado de la calle, y se eleva con la montaña; se llega á él por una galería; el otro está contiguo al palacio mismo, y conduce á un terrado de mármol que domina el golfo. Sobre este terrado, Andrés Doria daba á los embajadores aquellas famosas comidas servidas en vajilla de plata renovada tres veces, y que despues de cada servicio se arrojaban al mar.

Tal vez habia ocultas algunas redes bajo del agua por medio de las cuales volverían á pescar al dia siguiente platos y jarras; pero este es el secreto del orgullo ducal que jamás ha sido revelado.

Cerca de la estatua colossal de Júpiter, se levanta el monumento funerario del famoso perro Radan, regalado por Carlos V á Andres Doria, que habiendo muerto en ausencia de Doria, fué enterrado al pie de aquella estatua, á fin, dice el epitafio, de que muerto y todo como estaba, no cesase de guardar un dios. Volvió Doria de su expedicion, halló el epitafio muy natural, y lo dejó como estaba.

El mismo Doria, se halla enterrado en la iglesia de San Mateo.

Mi religion por la historia me habia desde luego conducido á donde me llamaban mis recuerdos: pagadas mis deudas con Doria, con Fiagni, y con Massena, eché una mirada sobre la linterna edificada por Carlos VIII, y andando unos diez minutos por la muralla, me hallé á la puerta del arsenal donde estaba el famoso Rosttrin antiguo, que fué hallado en el puerto de Génova, y que se supone haber pertenecido á un buque echado á pique en el combate naval que tuvo lugar entre los genoveses y Magon, hermano de Anibal. Cerca de aquel Rosttrin que tiene la fecha del año

524 de Roma, hay un cañon de cuero con aros de hierro, cogido á los venecianos en el sitio de Chiozza en 1379, y que por consecuencia es uno de los primeros que se hicieron despues de la invencion de la pólvora.

Hay treinta y dos corazas de mugeres, traídas en 1304 por las cruzadas genovesas, y cuya forma ha hecho suscitar en el presidente Desgrosses una duda tan injuriosa á aquellas jóvenes amazonas. En el momento de citar la opinion del inteligente presidente, yo no me atreví á espresarla, y me contento con referirme á su obra misma. Estas corazas han sido vendidas por las calles en 1815 por hierro viejo, por los ingleses que se habian apoderado de Génova. Una sola ha escapado de esta especulacion de lacayos, y no me ha parecido muy auténtica.

Del arsenal no hay mas que un paso al extremo de la calle de Balbi, una de las tres únicas calles que existen en Génova, pues las demas apenas merecen el nombre de callejuelas. Verdad es tambien que estas tres calles, que madama Stael preferia ser construidas para un congreso de reyes, y que Alfieri llamaba un almacen de palacios, no tienen tal vez su igual en todo el mundo.

Sobre todos aquellos palacios ha estendido el tiempo una capa de increíble tristeza. Algunos se abren en grietas, otros se han cuarteado; los restos que caen, son hollados en las callejuelas que los separan, ó se juntan con otras inmundicias. Es una dolorosa mezcla de hierro y de mármol, de grandeza y de miseria, en donde se colegiria que con la décima parte de lo que han costado se tendrían palacios, muebles, cuadros, y á crear el proverbio genovés, un ducado ademas.

El proverbio no es como la investigacion científica del presidente Desgrosses: este le podemos citar. En su consecuencia aqui lo tienen nuestros lectores tal como ha corrido en todo tiempo:

Mare senza pesce, monti senza legno, homini senza fede, donne senza vergogna.

Lo que significa:

Mar sin pescado, monte sin leña, hombres sin fé, mugeres sin vergüenza.

Este proverbio es el que, sin duda, hacia decir á Luis XI.

«Los genoveses se me entregan y yo los entrego al diablo.»

Hay que hacer una corta reflexion, y es que yo creo que el proverbio es pisano y no genovés. Bridoisson dice con mucha exactitud que nadie dice esas cosas de si mismo, y es seguro que ningun genovés, por tonto que fuese, pudiera haberlas dicho.

La *Strada Balbi* nos llevó á la *Strada nuovissima*, y la *Strada nuovissima* á la *Strada nuova*. En esta última calle terminada por las *Fuentes amorosas*, toda encuadrada en sus casas con frescos exteriores, es donde se hallan los mas hermosos palacios. Entre estos

visitamos dos: el palacio *Doria Tursi* y el palacio Rojo. El uno propiedad pública perteneciente al Estado y el otro propiedad particular perteneciente á Mr. Brignoli, embajador del rey Carlos Alberto en Paris.

El palacio Zursi, cuya arquitectura se atribuye malamente á Miguel Angel, fué comenzado por el lombardo Roque Lúgaro, adornado en las puertas y en las ventanas por Tadeo Carloni y concluido por Baudon: las pinturas son del caballero Miguel Cancio. Ademas de ser uno de los mas ricos por fuera es uno de los mas hermosos por dentro. No sucede asi con el palacio Rojo; su exterior es poco elegante, aunque no carece de cierta grandiosidad, pero encierra la mas hermosa galería de Génova, sin escluir la galería real. Allí hay cuadros del Ticiano, del Veronés, de Palma-Bechio, de Paris-Bordone, de Alberto Durero, de Luis Caraciolo, de Miguel Angel, del Caravaggio, de Carlos Dolci, del Guercino, de Guido, y sobre todo de Van-Dick. Inútil es decir, que el palacio Brignoli no es de los que están de venta.

Quise visitar el sepulcro de Fieschi, del que solo quedaba el sitio donde fué edificado el sepulcro. Me hice llevar á él: aquel sitio, siempre vacío, está situado cerca de la iglesia de *Santa Maria in via lata*.

Esta inscripción, sin nombrar al conspirador, denota la época en que el terreno se convirtió en propiedad del Estado.

En cualquiera otro pais, aquel sitio, que apenas tiene treinta pies cuadrados, daría una idea muy pobre de la riqueza y del poder de su propietario; pero en Génova no hay que tomar los palacios á lo ancho, sino á lo alto. Los mas ricos, á escepcion del de Andrea Doria y otros dos ó tres tal vez, no tienen jardines sino sobre las azoteas y sobre las ventanas.

Otro recuerdo del mismo género se halla á algunos minutos de distancia del primero, cerca de la iglesia romana de San Donato, donde acaban de descubrirse, bajo el blanqueo de cal que las cubria como el resto del edificio, cuatro lindísimas columnas de granito oriental, las mas hermosas y mejor conservadas tal vez de las que hay en toda la ciudad de Génova, que es la ciudad de las columnas.

Este recuerdo que trae la fecha de 1360, se refiere á la conspiracion Raggio: el palacio fué demolido como el de Fieschi, pero la inscripción ha sido quitada por un descendiente del conspirador, ministro de Policia y que llevaba el mismo nombre.

Esta conspiracion, menos conocida que la de Fieschi porque no ha encontrado un Schiller que hiciese de ella una obra maestra trágica, no por eso estuvo á punto de ser menos fatal como la otra á la república, y fué descubierta por una casualidad no menos notable que la hizo abortar como al proyecto de Fieschi.

El marqués de Raggio, el jefe de esta conspiración, hacia abrir desde su palacio al ducal una galería subterránea, de la que debían salir á una hora dada treinta conjurados perfectamente armados y decididos, cuando un tambor que estaba de guardia en el palacio, habiendo colocado por casualidad su caja en el suelo, notó que se estremecía, como sucede cuando se trabaja debajo, en alguna mina: llamó inmediatamente á su oficial que previno al dux. Se contraminó y se encontraron los trabajadores. La galería subterránea conducía directamente á la casa del marqués de Raggio; no habia medio de poder negar. Además el culpable era demasiado altivo y orgulloso para que ni aun se le ocurriese esta idea: lo confesó todo y fué condenado á muerte.

En el momento en que caminaba al suplicio, á la mitad del camino de *Castellaccio*, donde debia ser ejecutado, pidió como último favor el morir teniendo en la mano un crucifijo, traído, segun decia, por uno de sus antepasados de Tierra Santa, y en el que tenia grandísima fé.

En aquella época de creencias se halló la petición muy sencilla, y se le concedió desde luego al reo: enviaron por consecuencia un sacerdote al palacio Raggio, é hizo alto la fúnebre comitiva para aguardar su vuelta. Al cabo de un cuarto de hora volvió el sacerdote trayendo el crucifijo.

Besó con la mayor devoción el marqués los pies del Cristo; despues, tirando de la parte superior del crucifijo, que no era otra cosa que el puño de un puñal, cuya hoja entraba en la cruz, se lo clavó todo entero en el pecho y murió en el acto.

Desde San Donato fuimos á visitar el puente *Carignan*. Es una construcción curiosa, destinada, no á conducir de una orilla á otra sobre un rio, sino á unir dos montañas. Compónese de siete arcos, de los que los tres del medio crep que tienen ochenta pies de alto: lo que si hay de cierto es que pasa por encima de muchas casas de seis pisos. Es un paseo muy frecuentado en las ardientes noches del estío, en atención á que en aquella altura siempre hay seguridad de encontrar aire.

El puente de Carignan conduce á la iglesia del mismo nombre, alhaja del siglo XVI, edificada por el marqués de Sauli por los dibujos de Galeas Alessio. Debe esta iglesia, una de las mas hermosas de Génova, su existencia al suceso siguiente.

El marqués de Sauli, uno de los hombres mas ricos y mas probos de Génova, tenia muchos palacios en la ciudad, y uno entre otros en el que habitaba con preferencia, y que se hallaba situado sobre el mismo sitio donde hoy se levanta la iglesia de Carignan. Como no tenia capilla propia, habia hecho costumbre de ir á oír misa en la de *Santa Maria in via lata*, que pertenecía á la familia Fieschi.

Este hizo un dia adelantar la hora de la misa, de modo que el marqués de Sauli llegó cuando ya se hallaba concluida. La primera vez que encontró á su elegante vecino, se quejó á él riéndose.

—Querido marqués, le dijo Fieschi, cuando se quiere ir á misa se tiene una capilla propia.

El marqués de Sauli hizo derribar su palacio y edificar en su lugar la iglesia de Santa Maria de Carignan.

Una parte de sus hermosos palacios, que honrarian á principes, y de esas bellisimas iglesias, dignas de servir de morada á Dios, ha sido edificada por simples particulares. El secreto de estas fundaciones, en donde se han enterrado millones, está simplemente en las leyes suntuarias de la edad media, que prohibian el juego, las fiestas, los diamantes y las ropas de terciopelo y de brocado.

Entonces todos los comerciantes aventureros que durante veinte años habian surcado en todas direcciones los mares y que habian acumulado en sus casas las riquezas de los dos mundos, se encontraron frente á frente de montones de oro de que era preciso hacer algo. Hicieron iglesias y palacios.

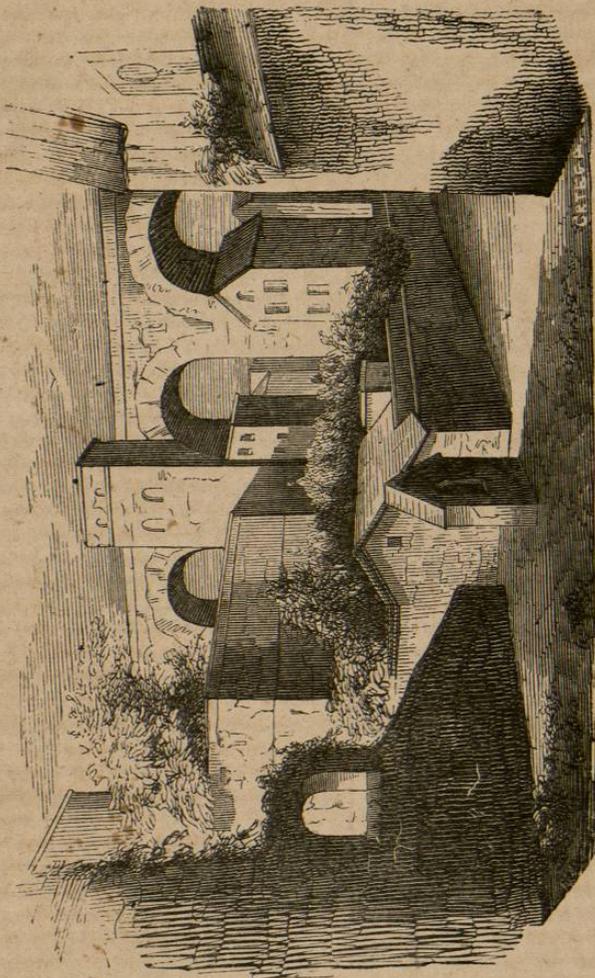
La iglesia de San Lorenzo es la mas antigua en fecha del catálogo de las curiosidades de Génova. Sin embargo, como nosotros caminábamos sin seguir orden alguno, ni cronológico ni aristocrático, fué una de las últimas que visitamos.

Entre otra cosas curiosas encierra la iglesia de San Lorenzo el famoso plato de esmeralda sobre el que dicen hizo Jesus su última cena, y que habia sido regalado á Salomon por la reina de Sabá. Hallábase guardado en Jerusalem en el tesoro del templo, y es conocido bajo el nombre de *Sacro-Cattino*. Disputese lo que se quiera sobre la antigüedad de su origen, la santidad de su uso y la riqueza de su materia, no por eso es menos maravilloso el modo con que cayó en manos de los genoveses, y la manera con que lo adquirieron bastaria para esplicar las precauciones con que lo habia guardado la república por miedo de que le sucediese alguna averia.

En 1104 emprendieron juntos los genoveses y los pisanos el sitio de Cesarea. Llegados al frente de la ciudad, celebraron consejo de guerra para saber como la habian de atacar. Habíanse ya emitido y desechado muchos pareceres, cuando uno de los soldados pisanos que pasaba por profeta, se levantó y dijo:

—Combatimos por la causa de Dios; tengamos, pues, confianza en Dios; no hay necesidad ni de torres, ni de obras, ni de máquinas de guerra. Tengamos únicamente fé, comulgemos todos mañana, y cuando el Señor esté con nosotros, tomemos con una mano la espada y con la otra las escalas, y trepemos á las murallas.

El cónsul genovés *Capuz-Malio* apoyó este parecer: todo el campo respondió á él con



Puente de Carignan, en Génova, pág. 40.

gritos de entusiasmo. Pasaron los cruzados la noche en oracion, y al dia siguiente al amanecer, habiendo comulgado y sin mas armas que sus espadas y sin mas máquinas que las escalas de sus galeras, sin mas exhortaciones que el grito de «Dios lo quiere,» guiados por el cónsul y el profeta, genoveses y pisanos se agolparon á porfia y tomaron á Cesarea del primer asalto.

Tomada la ciudad, los genoveses abandonaron á los pisanos todas las riquezas, con condicion de que estos les dejarían el *Sacro-Cattino*.

Por consecuencia, el *Sacro-Cattino* fué traído de Cesarea á Génova, donde desde entonces estuvo en la mas grande veneracion, tanto por los recuerdos religiosos, como por los recuerdos guerreros que tiene. Crearon doce caballeros *clavigeri* que debían alternativamente y durante un mes guardar la llave del tabernáculo donde estaba encerrado, y del que no se sacaba sino una vez al año para exponerlo á la veneracion pública: entonces un prelado lo tenia colgado por un cordón mientras que al rededor de la reliquia se hallaban colocados sus doce defensores. En fin, en 1476 se promulgó una ley que condenaba á la pena de muerte á cualquiera que tocara el *Sacro-Cattino* con oro, plata, piedras, coral ó cualquiera otra materia, «á fin, decia aquella ley, de impedir á los curiosos y á los indiscretos hacer un exámen durante el cual pudiese sufrir el *Sacro-Cattino* algun golpe ó romperse, lo que seria una pérdida irreparable para la república.» A pesar de esta ley, el señor de la Condamina, que habia creído notar en el *Sacro-Cattino* una pompita semejante á las que se hallan en el vidrio fundido, ocultó un diamante bajo la manga de su vestido para experimentar su dureza, debiendo el diamante nacer mella en él si era de vidrio, y permanecer impotente si era de esmeralda. Afortunadamente para el señor de la Condamina, que tal vez ignoraba ademas aquella ley, el sacerdote se apercebió á tiempo de su intencion y levantó el *Sacro-Cattino* en el momento mismo en que el indiscreto sacaba su diamante. El monge no pasó mas que el susto, y el señor de la Condamina se quedó en la duda.

Los judíos de Génova eran menos incrédulos que el sabio francés, porque prestaron durante el sitio cuatro millones sobre aquella prenda. Probablemente fueron reembolsados de los cuatro millones porque el *Sacro-Cattino* fué trasportado á Paris en 1809, donde permaneció hasta 1815, época en que fué devuelto á la ciudad con los diferentes objetos de arte que al mismo tiempo les habian cogido los franceses. El viage fué fatal á la santa reliquia porque se quebró entre Génova y Turin, y aun se perdió un pedazo; de modo que hoy el *Sacro-Cattino* está no solamente privado de sus honores, de sus guardias y de su misterio, sino desportillado como un simple plato

de porcelana. Pidió Jadin el permiso de sacar un dibujo de él, lo que le fué concedido sin dificultad alguna.

Resulta de todo que Génova no cree ya que el *Sacro-Cattino* sea una esmeralda.

Génova no cree ya que esta esmeralda haya sido dada por la reina Sabá á Salomon: Génova no cree tampoco que en aquella esmeralda haya comido Jesus el cordero pascual. Si hoy Génova volviese á tomar á Cesarea, reclamaria su parte de botin y dejaria á los pisanos el *Sacro-Cattino*, que no es mas que de vidrio.

Pero Génova no es libre; Génova tiene una ciudadela erizada toda de cañones, cuyas anchas bocas se abren sobre cada una de sus calles.

Génova tampoco es ya marquesa, ni tiene dux, ni tiene grifo, ni águila imperial ni zorro. Génova tiene un rey: es simplemente la segunda ciudad del reino.

La fuerza frecuentemente no es otra cosa que la fé. Tal vez Génova seria aun hoy poderosa si creyese siempre que el *Sacro-Cattino* es una esmeralda.

Volvimos á nuestra fonda por el puerto franco, especie de ciudad aparte dentro de la misma ciudad con sus instituciones, sus leyes y su poblacion propia. Esta poblacion fué fundada en 1340 por el Banco de San Jorge, que bajo el nombre árabe de Caravana habia hecho venir doce cargadores ó mozos de cordel del valle de Brombana. Aquellos doce cargadores tenían sus mugeres que habitaban en el puerto franco con ellos, y que se volvian á parir á las poblaciones de Pianna y de Zunero para dar á sus hijos el privilegio de suceder á sus padres. Asi es que se ha perpetuado esta compañía por espacio de quinientos años, subiendo hasta el número de doscientos miembros, y dejando de padres á hijos tal tradicion de probidad que no hay memoria en la policia que se haya dado una sola queja contra alguno de los mozos de cordel del puerto franco. Los caravanas sin hijos pueden vender sus empleos á sus compatriotas: un cargo de estos vale hasta diez ó doce mil francos.

Durante toda nuestra expedicion, por las esquinas de la calle habiamos encontrado carteles anunciando con gran pompa la representacion en el teatro Diurno, la muerte de Maria Estuardo con vestuario nuevo. Comprendese bien que tuvimos buen cuidado de no perder tan buena ocasion: dimos un golpe de cepillo á nuestra ropa y fuimos al despacho de billetes, que se abrió á las dos y media.

El teatro Diurno es una tradicion de los antiguos circos: como los espectadores griegos ó romanos, los espectadores modernos están sentados sobre gradas circulares, casi como las del circo de caballos de Franconi. La única diferencia que hay, es que aquel edificio no tenia mas bóveda que la cúpula del

cielo: resultando de aquí que como está construido en un barrio bastante frecuentado en medio de las hermosas *villas* y sombreado por altos plátanos, hay tantos espectadores sobre los árboles y en las ventanas, como dentro del teatro, lo que no debe dar mucho gusto al empresario. Como se comprende bien, no tratamos de hacer economía alguna sobre los doce cuartos que cuesta el billete, y entramos y pagamos Jadin y yo nuestro precio.

Bien los vale por cierto el espectáculo. Como anunciaban los carteles, los vestidos eran nuevos, tal vez demasiado nuevos, porque la acción pasa en 1585, y los vestidos serían del año de 1812.

¡Ay! Tal vez era el deshecho entero de alguna pobre corte imperial de Italia, tal vez el de la graciosa y espiritual gran duquesa Elisa. Había vestidos de terciopelo bordados de oro, con su talle debajo de los hombros y sus largas colas arrastrando; había vestidos de príncipe y de particulares con sus sombreros de plumas á lo Enrique IV y sus capas á lo Luis XIII: únicamente han faltado los calzones, y á lo que parece los inteligentes actores los habían suplido con pantalones de seda de color de rosa y azul, y para darles un aire extraño habían hecho frances encima de las rodillas y sobre el tobillo. En cuanto á Leicester en lugar de una Jarretiera ó liga, tenía dos, modo ingenioso de indicar sin duda el crédito y favor que gozaba con la reina.

La representación se hizo sin novedad y con mucha satisfacción de los espectadores; únicamente en el momento en que la reina iba á firmar la sentencia de su rival una bocanada de viento arrebató la sentencia de las manos de Isabel, que como se sabe la gustaba hacer sus cosas por sí misma, se levantó, y en lugar de llamar á un page á algún portero, echó á correr tras el papel que el viento arrojó al patio.

Tentados estuvimos por un momento Jadin y yo de gritar: perdón, cuando el cielo tan manifestamente se declaraba en favor de la pobre Maria: pero en aquel instante un espectador cogió el papel que presentó á la reina, la que le hizo un saludo en señal de agradecimiento, volvió á sentarse á la mesa, y lo firmó con gravedad como si nada le hubiera sucedido. María Estuardo definitivamente condenada, fué ejecutada sin compasión en el acto siguiente.

Volvíamos á nuestro hotel donde nos aguardaba la comida, que despachamos filosofando sobre las miserias humanas.

A los postres me anunciaron que quería hablarme un hombre de la policía. Como yo no creía que hubiese secretos entre la policía sarda y yo, hice rogar al emisario del *Buon Governo* que se tomase la molestia de entrar. Me saludó el emisario con gran cortesía, me presentó mi pasaporte visado para Liorna, y me dijo que el rey Carlos Alberto, habiendo

sabido mi llegada el día antes á la ciudad de Génova, me invitaba á salir de ella al día siguiente. Rogué al emisario del *Buon Governo* que diese las gracias de mi parte al rey Carlos Alberto por haber tenido la bondad de concederme las cuatro horas, lo que no hacia con todo el mundo, y que manifestase cuan liasonjero era para mí el ser conocido de su rey, á quien yo también conocía por un rey guerrero, pero no por un rey literato. El emisario del *Buon Governo*, me preguntó si no le dábamos nada para beber. Le di dos francos, tan satisfecho estaba de que mi reputación hubiese llegado á S. M. sarda, y el emisario del *Buon Governo* se retiró haciéndonos mil reverencias.

Cuando Alberto Nota ha venido á Francia nosotros le hemos dado una medalla de oro.

Aunque yo conocía bien la divisa literaria del rey Carlos Alberto que es: *poco de Dios, niente del rey*, es decir, hablad poco de Dios y nada del rey: y tal vez por lo mismo que yo conocía bien esta divisa no comprendía la bondad que había tenido al ocuparse así de mí. Yo he escrito poco sobre Dios en mi vida, pero lo poco que he escrito no ha sido inútil para la religión. He hablado del rey Carlos Alberto, es verdad, pero ha sido para hacer elogio de su valor como príncipe de Carignan, y no había por esto por que arrojarle de sus estados.

Hacia tres años antes que yo le había quemado alguna fanega de un bosque, pero se la había pagado, y como había oído decir que las buenas cuentas conservan amistad, y las mías habían sido buenas, me creía con justo título uno de los buenos amigos del rey Carlos Alberto.

Tuve mucho miedo de que este suceso no aumentase la cuenta de la fonda, temiendo la impresión que debía haber causado en el ánimo del fondista de las Cuatro Naciones, que necesariamente debía tomarme por algún príncipe constitucional disfrazado. Felizmente tuve que habérmelas con un buen hombre que no abusó de mi posición y que me hizo pagar casi lo que paga todo el mundo.

A la mañana siguiente el emisario del *Buon Governo* tuvo la bondad de venir en persona á prevenirme que un buque francés, el Sulli, salía á las cuatro de la mañana, y que el rey Carlos Alberto vería con gusto que me fuera por la vía del mar en lugar de la vía de tierra. Esto venía muy bien con mis intenciones, en atención á que por la vía de tierra encontraría los estados del duque de Modena, con quien no tenía gana de hallarme: así hice dar las gracias á S. M. de esta nueva atención y di á su representante mi palabra de que á las cuatro menos cuarto estaría á bordo del Sulli. El emisario del *Buon Governo* volvió á preguntarme sino le daba nada para beber: le di un franco y se marchó llamándome escelencia.

Fuimos á dar una última vuelta á la *Strada Balbi*, la *Strada Nuovissime*, y la *Strada Nuova*: Jadin sacó una vista de la plaza de Fuentes amorosas, y después sacamos nuestro reloj: no era más que medio día. Visitamos entonces los palacios Balbi y Durazzo que habíamos olvidado en nuestra primera expedición, y esto nos hizo pasar todavía dos horas. Después recordé que había en el palacio de los PP. del Comun una cierta mesa de bronce antigua conteniendo una sentencia dada en el año 690 de la fundación de Roma por dos juriscultos romanos, con motivo de una contienda suscitada entre las gentes de Génova y de Langasen, hallada por un aldeano que trabajaba en el campo en la *Colubera*, y nos fuimos al antiguo palacio de los PP. del Comun, en lo que empleamos una media hora. Copié el juicio, no á Dios gracias para ofrecérselo á mis lectores, sino por hacer algo, porque el tiempo que me había concedido el rey Carlos Alberto empezaba á parecerme largo, y esto me hizo emplear todavía un cuarto de hora.

En fin, como no nos quedaba más ya que una hora y cuarto para hacer nuestros equipajes é irnos al buque, nos volvimos á la fonda, ajustamos nuestra cuenta, y entramos en una lancha, siendo enteramente del parecer de aquel bueno y entendido presidente Desgrosses, que pretende que entre los placeres que Génova puede producir, olvidan los viajeros ordinariamente el mencionar el mayor de ello, que es, el de verse fuera de ella.

La primera persona á quien vi al subir á bordo del Sulli, fué mi emisario del *Buon Governo*, que iba á cerciorarse por sus propios ojos de si realmente abandonaba á Génova. Nos saludamos como amigos antiguos, y tuve la ventaja de que me honrase con su conversación hasta el momento en que tocaron la campana del vapor. Me manifestó entonces todo su pesar por separarse de mí, y me alargó la mano. Depositó generosamente en ella una moneda de diez cuartos. El emisario del *Buon Governo* me llamó *monseñor*, y bajó á su lancha deseándome toda clase de felicidades.

Génova es verdaderamente magnífica vista desde el puerto. Al aspecto de aquellas espléndidas casas construidas en anfiteatro, con sus jardines colgantes como los de Semiramis, no puede uno imaginarse los infectos callejones que se arrastran á sus pies de mármol. Si en lugar de hacerme salir de Génova Carlos Alberto, me hubiese impedido entrar en ella, jamás me hubiera consolado.

Alejábame, pues, con un profundo sentimiento de agradecimiento á S. M. sarda, cuando sentí que á pesar de la interesante conversación de mi vecino el señor marqués de R... que me contaba la primera de sus tres emigraciones en 92, se mezclaba otro sentimiento menos puro. Hallábase agitada la mar, el viento era contrario, de modo que el bu-

que, sobre el maldito olor del vapor, que todo paquebot se cree con derecho á exhalar, tenía unos vaivenes, que á cada movimiento me removía el alma. Miré en derredor mio, y vi que aunque hacia dos horas que habíamos salido, y que aunque aun hacia bastante día, se hallaba el puente casi vacío. Busqué con los ojos á Jadin, y lo vi fumando su cuarta pipa, y andando á grandes pasos segundo de Milord, que no comprendía nada de aquella agitación inusitada de su amo. Creí notar que á pesar de la firmeza de su paso, su color se iba poniendo pálido, y vidrioso su ojo. Comprendí, sin embargo, que el movimiento debía ser una reacción benéfica contra el estremecimiento que comenzaba á apoderarse de mí, y pregunté al señor marqués de R... si no podía continuar su relación andando. Parece que poco importaba al orador, con tal que hablase, porque sin interrumpirse se puso inmediatamente en pie. Yo quise hacer otro tanto, pero conocí que me daba vueltas la cabeza: volví á caer en el banco pidiendo con voz lastimera un limon. Esta petición fué repetida con una voz magnífica de bajo por el marqués de R... que volvió á sentarse á mi lado y pasó de su primera á su segunda emigración.

Trajéronme el limon, quise morder en la cáscara; para morder era preciso abrir la boca: esto me perdió. El que jamás ha padecido mareos no sabe lo que es padecer. Yo por mí sé decir que tenía la cabeza enteramente aturdida. Oía á mi emigrado que en los intervalos en que me sentía mejor continuaba su relación. Hubiera querido pegarle, hubiera dado mucho por esto, pero no tenía fuerzas de levantar ni aun el dedo meñique. Sin embargo, hice un esfuerzo violento y me volví. Percibí entonces á Jadin en una posición equivoca, y á Milord mirándole con ojos asombrados. Todo esto se me apareció como á través de un vapor, cuando un cuerpo opaco vino á colocarse entre Jadin y yo. Era el marqués que no quería perdonarme la relación de su tercera emigración, que creyendo que yo me había vuelto iba á ponerse de nuevo á mi alcance.

La reunión de estos dos suplicios me salvó, el uno me dió fuerzas contra el otro. Pasando cerca de mí un marinero, le cogí por un brazo preguntándole por mi camarote. El marinero estaba acostumbrado á esta clase de preguntas. Me cogió no sé por donde, me llevó no sé cómo, y me encontré echado. Oí que me haría un poco de té, que me sentaría bien, y repliqué maquinalmente:

—¿Hay té?

—¿Cuánto? me preguntó.

—Mucho, respondí.

Después no me acuerdo de nada, sino es de que de cinco en cinco minutos fragaba mucho liquido, y que esta imbibición duró cuatro ó cinco horas. En fin, molido, quebrantado, hecho pedazos, me quedé dormido casi de la misma manera como uno debe morir.

Cuando me desperté al día siguiente nos hallamos en el puerto de Liorna: había devorado tres limones, bebido veinte y ocho francos de té y oído contar las tres emigraciones del marqués de R....

Subí al puente del buque para buscar á Jadin, y le encontré en un rincón insensible á las caricias de Milord, y á los consuelos de Onesimo; tan humillado se encontraba de haber hecho á las naciones extranjeras testigos de su debilidad. En cuanto á mi no pude tocar un limón en seis semanas, no he podido beber té en seis meses, y no podré volver á ver al marqués de R... en toda mi vida.

LIORNA.

He visitado muchos puertos, he recorrido muchas ciudades, he tenido que habérmelas con los mozos de cordel de Avignon, con los fachini de Milan, con los posaderos de Mesina, pero no conozco una canalla como la de Liorna.

En todos los demás países del mundo, hay medio de defender uno su equipage, y arreglarse en el precio para trasportarle, y si uno no está acorde, es libre de llevarlo al hombro y hacer uno su trabajo por sí mismo.

En Liorna no hay nada de esto.

Apenas ha tocado en tierra la lancha que os trae, cuando es invadida: llueven los comisionistas; no sabéis de donde, salta una multitud, se lanzan en las barcas inmediatas, se dejan arrastrar con las cuerdas de los navíos: como veis que va á zozobrar vuestra lancha bajo el peso, pensáis en vuestra propia seguridad, os agarráis al muelle como Robinson á su roca. Despues, con muchos esfuerzos, perdido vuestro sombrero, desolladas las rodillas, destrozadas las carnes, llegáis al muelle. Bueno en cuanto á vosotros, pero en cuanto al equipage, este se ha dividido en otros tantos lotes cuantos bultos son. Teneis un mozo de cordel para el cofre, un mozo de cordel para el sombrero, un mozo de cordel para el paraguas, un mozo de cordel para el baston, y si sois dos, esto hace diez mozos de cordel; si sois tres, quince: como nosotros éramos cuatro, tuvimos veinte. Un veinte y uno quiso coger á Milord; Milord, que no entiende de chanzas, le pegó un bocado en las pantorrillas. Fue preciso morderle en la cola para que desenchajase los dientes. El mozo de cordel nos dijo gritando, que le habia estropeado nuestro perro, y que nos habian de condenar á una mul-

ta. Se amotinó el pueblo, y llegamos á nuestra Pension Suiza, con veinte mozos de cordel y doscientas personas detrás.

Nos costó cuarenta francos por cuatro baulles, tres ó cuatro sombrereras, dos ó tres neceseres, uno ó dos paraguas y un baston: además diez francos por la mordedura del mozo de cordel; es decir, cincuenta francos por haber dado cerca de cincuenta pasos. Justamente tanto como nos habia costado el transporte para venir desde Génova.

Tres veces he vuelto á Liorna: las dos últimas ya estaba preparado, habia tomado las precauciones, estaba en guardia, pues cada vez he pagado mas caro. Al llegar á Liorna es preciso ir como al atravesar las lagunas Pontinas, contar con los ladrones. La diferencia está en que al atravesar las lagunas Pontinas, escapa uno alguna vez: pero en Liorna, jamás.

Todavía esto no seria nada, si al llegar á Liorna, en lugar de ir á una de las infames tabernas que usurpan el respetable nombre de posadas, se hiciese venir un veturino y se metiese uno dentro del carruage, no importa, ya que es preciso, que se marchase por Pisa á Florencia. Pero no, puesto que se está en Liorna, es preciso ver Liorna, que no vale la pena, porque no hay mas que tres cosas que ver en la ciudad: los presidiarios, la estatua de Fernando I, y la Madonna de Montenero.

Los galeotes están mezclados en la poblacion, y se ocupan en toda clase de trabajos: barrian, labran piedras, arrastraban carretones, y estaban vestidos de un pantalon amarillo, de un gorro encarnado, y su chaqueton parduzco, del que seria difícil especificar el primitivo color. Sobre la espalda de aquel chaqueton está indicado el crimen por el que el primer propietario de la chaqueta ha sido condenado; pero como sucede frecuentemente que el presidio gasta al criminal antes que el criminal gaste el vestido, este corre con su letrero sobre la espalda del que le sucede. Resulta que para los galeotes toscanos la chaqueta es un asunto de consideracion, es una semigracia, ó una condenacion doble. Como los galeotes son los únicos que piden y no toman en Liorna, la cuestion para el industrial es tener un chaqueton que despierte la conmiseracion pública. Hay crimenes que todo el mundo desprecia, mientras que hay otros que todo el mundo compadece. Nadie da limosna á un ladrón ó un falsario: todos la dan á un asesino por amor. Así, aquel que tiene un vestido semejante no tiene que ocuparse mas que de cepillarlo, porque todos le detienen para hacerle contar su aventura. Vimos nosotros uno que hacia llorar ardentemente á dos inglesas, y tal vez íbamos á llorar como ellas, cuando su camarada, á quien habia rehusado probablemente una parte de su producto, nos le denunció como un ladrón con fractura. El verdadero *Assasino per amore*

habia muerto hacia ocho años, y su vestido habia hecho ya la suerte de tres de sus sucesores. Di un medio paulo á aquel buen hombre que llevaba escrito en letras gordas sobre la espalda la palabra *ladron*, casualidad que le habia arruinado, porque en vano decia que era incendiario: nadie le queria creer: así, en su agradecimiento por una propina tan inesperada como rara, prometió encomendarme á Dios. Volví atrás para rogarle que no hiciese nada, presumiendo que mas valia para mí llegar al cielo sin recomendacion que no con la suya.

Sobre la plaza de la Dársena se levanta la estatua de Fernando I. Como no tengo gran cosa que decir sobre Liorna me aprovecharé de ella para contar la historia de este segundo sucesor del Tiberio toscano, así como la de Francisco I su hermano, y de Bianca Capello su cuñada. Muchas novelas hay menos curiosas y dramáticas que esta historia.

A fines del reinado de Cosme el Grande, es decir, al principio del año 1563, un jóven llamado *Pietro Bonaventuri* descendiente de una familia honrada, pero pobre, habia ido á buscar fortuna á Venecia. Uno de sus tíos, que tenia el mismo nombre que él, y que habitaba la serenísima ciudad hacia veinte años, le recomendó á la casa del banquero Salviati, de que él era uno de los correspondientes. El jóven era de buena figura; poseia muy buena letra: hacia cifras como un astrólogo: fué, pues, recibido sin dificultad, como tercero ó cuarto dependiente, con la promesa de que si se portaba bien, podria además de su alimento, en tres ó cuatro años, llegar á ganar ciento cincuenta ó doscientos ducados. Semejante promesa era mas que lo que el pobre Bonaventuri habia podido soñar en los delirios mas ambiciosos. Besó la mano de su tío; prometió á Salviati portarse de modo que fuese el modelo de toda la casa. El pobre Pietro deseaba cumplir su palabra; pero el diablo que en todo se mete vino á echar por tierra sus buenas intenciones.

Enfrente de la casa de Salviati moraba un rico señor veneciano, jefe de la casa Capello, el que tenia un hijo y una hija. El hijo era un buen mozo, con barba puntiaguda, bigote retorcido, hablar fácil é insolente; lo que hacia que tres ó cuatro veces al mes sacase la espada ó por el juego, ó por las mugeres, porque en política no se mezclaba, encontrándola demasiado seria para ser discutida por otros que no tuviesen las barbas grises. Dos veces habian traído á la casa paterna á Giovanino perforado de parte á parte, pero sin duda porque el diablo hubiera perdido en su muerte, Giovanino habia yuelto en sí. Sin embargo, como el padre era un hombre sensato, y habia pensado que no siempre tendria la misma fortuna, habia renunciado á la idea que habia tenido en un principio de hacer religiosa á su hija á fin de duplicar la fortuna

de su hijo. Temió que pasando la mejor noche de este mundo al otro Giovanino, no se quedase á la vez sin hijo y sin hija.

En cuanto á Bianca era una criatura encantadora, de quince á diez y seis años, con un tinte blanco mate, en el que á cualquiera emocion pasaba la sangre como una rosada nube: con cabellos de ese rubio poderoso, de que Rafael acababa de hacer una belleza, con ojos negros llenos de fuego; talle esbello y flexible, pero de esa ligereza y flexibilidad que se sienten llenas de fuerza, dispuestas al amor, como Julieta, y que no esperan sino el momento en que algun lindo Romeo se encuentre al paso para decirle como la hija de Verona: seré tuya ó del sepulcro.

Vió á Pietro Bonaventuri: la ventana del cuarto del jóven caía sobre el cuarto de la jóven. Al principio cambiaron sus miradas: despues se hicieron señas, despues promesas de amor; llegados aquí, solo la distancia les impedia el darse pruebas; esta distancia la pasó Bianca. Cada noche, cuando todo el mundo se habia recogido en casa del noble Capello, cuando la nodriza que habia criado á Bianca se habia retirado al inmediato aposento, cuando la jóven poniendo la cara contra el tabique se habia asegurado de que aquel último Argos, se hallaba dormido, se ponía una bata parda para no ser vista en la calle, bajaba á tientas y ligera cual una sombra las escaleras de mármol del paterno palacio, entreabriría la puerta por dentro, atravesaba la calle; sobre el dintel en la parte opuesta hallaba á su amante. Entonces los dos con dulces abrazos subían la escalera que conducía al cuartito de Pietro. Despues cuando iba á aparecer el día volvía á bajar Bianca y entraba en su estancia, donde su nodriza por la mañana la hallaba dormida con aquel sueño de placer que tanto se asemeja al de la inocencia.

Una noche que Bianca se hallaba en casa de su amante, un mozo panadero que acababa de calentar un horno en los alrededores, encontró una puerta entreabierta y creyó que haria bien en cerrarla. Diez minutos despues bajó Bianca, y vió que le era imposible volver á entrar en casa de su padre.

Era Bianca una de esas almas fuertes que toman una resolucion en un instante, y una vez tomada son inalterables en ella: vió todo su porvenir cambiado por aquel accidente, y sin vacilar aceptó la nueva vida á que este accidente la condenaba.

Volvió á subir Bianca á casa de su amante, le contó lo que acababa de suceder, y le preguntó si estaba dispuesto á sacrificarlo todo por ella, como ella todo por él, y le propuso que se aprovecharan de las dos horas de noche que quedaban todavía para abandonar á Venecia y ponerse al abrigo de sus parientes. Aceptó Pietro Bonaventuri; saltaron los dos jóvenes en una góndola, y se fueron á buscar al guarda del puerto. Allí dióse á conocer Pe-